



## Memorias de “un perro muerto”. Notas sobre el grupo *Pasado y Presente*

Anxo Garrido Fernández\*

Recibido: 17 de julio de 2018 / Aceptado: 1 de noviembre de 2018

**Resumen.** El presente artículo se divide en dos partes, en la primera de ellas intentamos reconstruimos brevemente los hitos fundamentales en la historia del grupo *Pasado y Presente*. En la segunda nos centramos en exponer las tesis clave de la obra de Juan Carlos Portantiero *Los usos de Gramsci*, como caso paradigmático del tipo de lectura elaborado por los miembros del colectivo argentino.

**Palabras clave:** Gramsci; Portantiero; *Pasado y Presente*; hegemonía; institución.

### [en] Memories of “a dead dog”. Notes on the group *Pasado y Presente*

**Abstract.** The current essay is divided in two parts. First, we aim to reconstruct briefly the main milestones in the history of the group *Pasado y presente*. In the second half, we expose the capital thesis of Juan Carlos Portantiero’s work *Los usos de Gramsci* as a paradigmatic case of the kind of reading elaborated by members of this Argentine collective.

**Keywords:** Gramsci; Portantiero; *Pasado y Presente*; Hegemony; Institution.

**Sumario:** 1. Pasado y Presente. 2. Los usos de Gramsci. 2.1. Los usos. 2.2. La coyuntura. 2.3. Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica.

**Cómo citar:** Garrido Fernández, A. (2018). Memorias de “un perro muerto”. Notas sobre el grupo *Pasado y Presente*, en *Res publica* 21.3, 615-631.

## 1. Pasado y Presente

El grupo de los gramscianos argentinos, como tempranamente se bautizó a los intelectuales cordobeses expulsados del Partido Comunista en 1963, supone un hito intelectual sin precedentes en la recepción de Gramsci fuera de las fronteras italianas. La publicación en 1950 de las *Cartas de la cárcel* inaugura un proceso de recepción y de traducción –en el doble sentido de verter a otra lengua y de convertir las categorías analíticas en factor de nuevas prácticas en territorios inéditos– amparado por el afán de renovación cultural al que Héctor Agosti quería someter a la vulgata marxista. Como fruto de esta empresa, en el año 1952 ve la luz, elaborada por José Aricó, la traducción de las *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado mo-*

\* Universidad Complutense de Madrid  
anxogarr@ucm.es

dermo, y en 1953, *Cuadernos de Cultura*, la revista oficial del PCA dirigida por el propio Agosti, edita “El antifascismo de Antonio Gramsci” (nº 9-10), conferencia de Palmiro Togliatti que permite a toda una generación interpretar el peronismo como una modulación de los esquemas fascistas.

La noción de traducción<sup>1</sup>, tema recurrente entre los intelectuales participantes en la *Komintern* y que ocupó al propio Lenin en su última alocución ante dicha institución<sup>2</sup>, implica, en su versión gramsciana (EC, vol. 4, Q11, §48)<sup>3</sup>, que periodos civilizatorios coincidentes producen una expresión cultural básicamente idéntica, aun cuando esta se formule en un lenguaje matizado y permeado por particularidades históricas y geográficas irrepetibles. Lo concreto permanece esquivo y la potencia comparativa –por decirlo con Labriola– no puede trascender un corsé morfológico. Este es el sentido en el que podemos hablar de traducción, pues sin un resto estructuralmente incapturable cabría hablar de una pura transposición de términos, de una misma narración en lenguas diversas que no renunciase a una parte de sentido en el tránsito. Precisamente un anhelo de literalidad tal es –según Aricó– la rémora principal de la interpretación de la independencia argentina a partir del análisis gramsciano del Risorgimento y de la aplicación retroactiva de la categoría de *rivoluzione mancata* que pone en juego la lectura de Agosti. El comunista argentino sucumbiría de este modo al “vértigo de la analogía”<sup>4</sup> e impondría categorías prestadas a la interpretación de un material histórico que resultará violentado en el proceso.

Serán Juan Carlos Portantiero y José Aricó, los discípulos aventajados de Agosti, quienes problematicen con mayor éxito los límites de su traducción y quienes logren una lectura más solvente de la realidad latinoamericana en clave gramsciana. Esta tarea, huelga decirlo, les llevará a desarrollar una estrategia de confrontación con el marxismo-leninismo hegemónico en el PCA: en la atmósfera de renovación que sucede al XX Congreso del PCUS (1956) y muy especialmente en el humus voluntarista evidenciado por la proliferación *ad infinitum* de movimientos guerrilleros a partir de la Revolución Cubana, el punto de partida para la estrategia de reforma intelectual consistirá en desencadenar un debate en torno a la cuestión de la objetividad en la teoría marxista. Así, en el número 59 de los *Cuadernos de cultura* (publicado en septiembre-octubre de 1962), Óscar del Barco –autor cordobés muy próximo a

<sup>1</sup> Aricó define el trabajo de recepción de la obra de Antonio Gramsci llevado a cabo por Héctor Agosti en los siguientes términos: “nos introdujo a una lectura de los cuadernos que en él trató de ser siempre una “traducción”, es decir, un modo particular de verter en un lenguaje nacional aquellos instrumentos de interpretación histórico-políticos que se presumían aptos para iluminar zonas de nuestro pasado que la profundidad de una crisis hacía aflorar” J. Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Punto Sur, 1988. También Portantiero, a partir de interesantes consideraciones relativas a la categoría de “occidente”, incide sobre la cuestión de la traducción: J. C. Portantiero, *Los usos de Gramsci*, México, ediciones folios, 1981, pp. 123 y ss.

<sup>2</sup> Nos referimos, por supuesto, al discurso de 1922 (IV Congreso) titulado “Cinco años de la Revolución Rusa y perspectivas de la revolución mundial”. Este texto redobla su importancia para nuestra exposición si tenemos en cuenta que el propio Gramsci se encuentra –en calidad de representante del PCI en la III Internacional– entre el auditorio y, más si cabe, si reparamos en que los ecos de la propuesta de Lenin resuenan en su toma de partido por el frente único y por sea elaboración de una estrategia a escala nacional. La nacionalización de las categorías políticas será un *leitmotiv* omnipresente en el trabajo gramsciano.

<sup>3</sup> Todas las referencias a los *Cuadernos de la Cárcel* se realizarán a partir de la Edición crítica al cuidado de Valentino Gerratana, para ello utilizaremos las siglas EC, seguidas del volumen correspondiente, el número del cuaderno y el párrafo. En caso de tratarse de una cita literal referenciamos también la(s) página(s) exacta(s) en las que se encuentra.

<sup>4</sup> J. Aricó, *op. cit.* p. 49.

Pancho Aricó y Héctor Schmucler— publica el ensayo “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad”, en el cual desarrolla, tomando como punto de partida la I Tesis sobre Feuerbach, un análisis del historicismo gramsciano —cuya exposición más acabada se encuentra en el “Pasaje sobre el análisis de las situaciones” (EC, vol. 5, Q13, §17)— en el cual se muestra como, incluso las correlaciones de fuerzas económicas que operan como principio de realidad de la práctica política, son resultado de prácticas precedentes reificadas y que resultan modificables en la relación dialéctica entre la coyuntura concreta y los abstractos movimientos orgánicos. Esta concepción gramsciana de la totalidad social como una convergencia de temporalidades divergentes e inconmensurables que se acoplan en un estadio contingente —si bien irreversible— de su desarrollo, resultaba inadmisibles para los cánones fuertemente deterministas y economicistas del partido.

La matizada exposición de del Barco se interpretó como la defensa de un voluntarismo sin cortapisas: la realidad exterior existe al margen de nuestro intelecto, tiene preeminencia sobre la práctica humana y capacidad causal sobre la conciencia; tal era la perogrullada que conformaba el fundamento teórico último e inamovible del partido<sup>5</sup>. En este contexto fue necesaria la mediación de Agosti, a la sazón director de los *Cuadernos de cultura*, para que el artículo de del Barco llegase a ser publicado. Pero, en todo caso, la publicación era acompañada por una exigencia de retractación y el anuncio de una respuesta de la que se encargaría uno de los miembros del consejo editorial de la revista. Antes de que dicha respuesta viese la luz, en abril de 1963 se publica el primer número de la revista *Pasado y Presente*, cuyo editorial abogaba, dada la capacidad que se atribuía al marxismo para sintetizar diferentes *weltanschauung*, por el diálogo entre este y otras ramas del pensamiento<sup>6</sup>. Tal afirmación supuso la inmediata expulsión de Schmucler, del Barco y Aricó del Partido Comunista Argentino, al tiempo que Juan Carlos Portantiero, afincado por aquel entonces en Buenos Aires, abandonaba tal institución para fundar la organización *Vanguardia Revolucionaria*.

Esta primera etapa de *Pasado y Presente* (abril de 1963-mayo de 1965) posee una matriz genuinamente cordobesa<sup>7</sup>. La experiencia del grupo estará muy marcada por las características de una pequeña ciudad, industrializada a ritmo vertiginoso por el desarrollismo peronista, con una universidad antigua y una estructura construida en círculos concéntricos que hacía coincidir las principales instituciones políticas y culturales en un centro urbano muy reducido. Además, su excomunión de los cau-

<sup>5</sup> Raúl Burgos ha sintetizado las posiciones fundamentales que defiende Óscar del Barco en su artículo: R. Burgos, *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 55.

<sup>6</sup> “La autonomía y la originalidad absoluta del marxismo se expresa también en su capacidad de comprender las exigencias a las que responden otras concepciones del mundo. No es abroquelándose en la defensa de las posiciones preconstituidas como se avanza en la búsqueda de la verdad, sino partiendo del criterio dialéctico de que las posiciones adversarias, cuando no son meras construcciones, derivan de la realidad, forman parte de ella y deben ser reconsideradas por una teoría que las totalice” *Editorial del primer número de Pasado y Presente* [1963], citado en: J. Aricó, *op. cit.* p. 64. La impronta de la concepción gramsciana de la ideología resulta aquí evidente, pueden consultarse a este respecto: EC, vol. 4, Q11, §63 (“Concepto de ideología”) y EC, vol. 5, Q13, §7 (“Cuestión del «hombre colectivo»”).

<sup>7</sup> Diversos autores han enfatizado la importancia del entramado urbano cordobés, así como las peculiaridades culturales de esta ciudad en la constitución de una escena política enormemente original, donde un nutrido movimiento obrero se hibridaba con las más diversas reivindicaciones estudiantiles, luchas guerrilleras e incluso con la particular forma de antagonismo resultante del encuentro entre los sacerdotes católicos y el tercermundismo (en 1967 se funda el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, cuyo segundo encuentro se celebra en Córdoba en mayo de 1969, solo unos días antes del Cordobazo). Para sendas descripciones del panorama cordobés: J. Aricó, *op. cit.* pp. 70-72 y R. Burgos, *op. cit.* pp. 63-67.

ces institucionales de la izquierda oficial les llevará a desarrollar una interpretación de Gramsci en clave culturalista, la cual enfatizaba las dimensiones *ethicas* de la política y la potencia performativa del trabajo ideológico con las masas. En otras palabras: el grupo adoptó una perspectiva a medio camino entre el continuismo que brinda el abordaje nacional-popular y las pretensiones rupturistas que caracterizan a la reforma intelectual y moral.

No es de extrañar que careciendo de unos mínimos mimbres institucionales y marcado por la expulsión del PCA, el grupo dedique gran parte de su atención a la búsqueda de un sujeto político de transformación social, elaborando su lectura de la realidad cordobesa a partir de las indicaciones metodológicas para el estudio de las clases subalternas expuestas por Gramsci en el Cuaderno 25 (EC, vol. 6, Q25, §5). Los autores conciben a las masas populares como la materia prima de una práctica política transformadora, toda vez que el abandono de la vida subcívica por parte de amplios sectores sociales gracias al peronismo obligaba a imaginar una alternativa política que resultase consistente con la creciente politización de nuevas capas de la población excluidas hasta entonces de la vida estatal.

En esta tesitura, si bien Gramsci era relevante, no dejaba de ser una mera nota diferencial. El imaginario de *Pasado y Presente* consistía, antes que en una exégesis pormenorizada de los aportes teóricos del italiano, en una amalgama de doctrinas guevaristas, maoístas, leninistas y tercermundistas; y su actividad política se veía reducida en esta primera etapa al contacto con estudiantes y grupos guerrilleros. Tanto es así que el Ejército Guerrillero del Pueblo llega a financiar el número 7-8 de la revista, con la condición de que se publique en esta el artículo “El Castrismo: la larga marcha de América Latina” de Regis Debray. En aquel entonces, la continuidad entre las tareas culturales y guerrilleras se concebía como natural, lo que lleva a varios de sus miembros a prestar apoyo logístico a diferentes grupúsculos revolucionarios. Se trata en realidad de un momento en el que el trabajo cultural se inscribe dentro de un entorno militante de densidad fabulosa, en el que, por decirlo en palabras de Gramsci, casi cualquier proyecto ideológico goza de arraigo orgánico, pues existe un *ethos* militante aguerrido y toda una serie de instituciones que confieren sentido y eficacia a un tipo de trabajo cultural que distaba de ser autorreferencial o de poseer un valor meramente simbólico.

Sin embargo, el grupo descubrirá tempranamente los límites de la estrategia foquista viéndose obligado a desplazar su centro de atención hacia la cuestión obrera, pues acaba por comprender que esta es la única opción para desarrollar una auténtica política de masas con potencia transformadora. El periodo ordonovista de Gramsci adquiere en esta situación un lugar protagónico, en tanto que el *topos* específico en el cual plantear las relaciones entre intelectuales y pueblo ha de ser el mundo industrial. Se trata de hallar la fórmula en la cual un proyecto cultural interno al pueblo, una intelectualidad no de vanguardia sino orgánica y articulada con la pluralidad de instituciones que surgen del cotidiano trasiego popular, pueda facilitar la hegemonía del movimiento obrero al interior de un proyecto nacional-popular que rearticule la trama privada del Estado. A sabiendas de la complejidad de esta maniobra, que ha de ser concebida como un proceso molecular de largo plazo, Aricó inaugura un proyecto cultural bien ambicioso: los *Cuadernos de Pasado y Presente*<sup>8</sup>. Con este, el

---

<sup>8</sup> Este proyecto editorial llegó a publicar 98 números entre 1968 y 1983, 34 de ellos en el exilio mexicano y todos ellos con tiradas superiores a los cuatro mil ejemplares.

objetivo de Aricó era la deconstrucción real, en el imaginario político de la izquierda argentina, del canon marxista-leninista imperante:

[Los *Cuadernos de Pasado y presente*] pusieron en escena las polémicas que comprometieron a los marxistas de distintas épocas y lugares de la historia del movimiento obrero y socialista en el mundo: la experiencia de la Segunda Internacional y de la Tercera, el problema nacional y colonial, la teoría del valor, etc. Este conjunto de asuntos que dentro de cierta tematización vinculada a la experiencia de la Tercera Internacional en su fase estalinista fue estructurada como un cuerpo cerrado y homogéneo de doctrina: el marxismo-leninismo, a lo largo de los cuadernos fue sometido a un trabajo de desagregación que resultaba de la distinción de situaciones, figuras y teorías diferenciadas. [...] Con otras palabras aparecía un mundo de figuras que expresaron la heterodoxia de la Tercera Internacional. Fue una especie de panóptico en el que la historia del movimiento socialista dejaba de ser la del enfrentamiento entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre una Internacional buena y otra mala; aparecían historias discontinuas y fragmentarias, momentos de iluminación y momentos de ceguera, problemas que el debate no clausura<sup>9</sup>.

En este contexto se produce, desde una poco convencional óptica gramsciana, la recepción de los acontecimientos del Mayo francés, a los cuales los *Cuadernos de Pasado y Presente* dedicarían un número con textos, entre otros, de Sartre y André Gorz. Los años posteriores vendrán marcados por un panorama político convulso: el Cordobazo en 1969, la caída de la dictadura de Onganía en 1970, las disputas entre Cátedras Nacionales y Cátedras Marxistas que implican directamente a Portantiero, el nacimiento de Montoneros en 1972 y su progresiva radicalización hacia posturas marxistas que lleva a la ruptura con Perón en 1974, etc. En este panorama bullicioso reaparece, por el breve lapso de tiempo de nueve meses (marzo-diciembre 1973), la revista *Pasado y Presente*. Durante su etapa porteña verán la luz dos números con una fuerte impronta programática. El editorial del segundo de ellos, destinado a diseñar una estrategia de intervención en la coyuntura inaugurada por la victoria de Cámpora, puede resumirse en los siguientes puntos: a) el peronismo tiene dos almas (nacionalista burguesa y revolucionaria popular)<sup>10</sup>; b) Perón ansía neutralizar la potencia nacional-popular; c) la estrategia revolucionaria ha de apoyarse en el ala izquierda del peronismo restringiendo su actuación a la acción hegemónica sobre las masas y abandonando las intentonas guerrilleras; d) el partido no es un presupuesto de la acción sino el resultado de las diversas luchas, o dicho de otro modo: los antagonismos sociales se traducen en una continuación institucional positiva que debe ser estimulada y fomentada; e) finalmente, se trata de que la hegemonía sea conducida por la fracción obrera del movimiento, cuya centralidad está garantizada por la relevancia económica y política de la fábrica<sup>11</sup>. Los dos últimos puntos evidencian que,

<sup>9</sup> J. Aricó, *op. cit.* p. 156.

<sup>10</sup> Este tópico, traducido al esquema nacional-estatal frente a nacional-popular, acompañará la producción de Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ípola al menos hasta la publicación en 1981 del artículo “Lo nacional-popular y los populismo realmente existentes”. Para una lectura crítica de este artículo, no del todo satisfactoria y que podría ser matizada precisamente con la exposición de la concepción portantierana del Estado que se plantea en *Los usos de Gramsci* y que exponemos en el punto 2 de este artículo: L. Cadahia y V. Coronel, “Populismo republicano: más allá del «Estado versus Pueblo»”, en *Nueva Sociedad*, n° 273, 2018.

<sup>11</sup> R. Burgos, *op. cit.* pp. 217-224.

a la altura de 1973, el grupo mantenía como marco de referencia la etapa consiliar del pensamiento gramsciano, o lo que es lo mismo, acusaba un fuerte sesgo productivista (que desatiende la composición de la clase trabajadora más allá del proceso productivo, en muchas ocasiones restringido al proceso fabril) con la consiguiente creencia en la neutralidad de las fuerzas productivas y en su tendencia a producir un nuevo orden a partir del no-orden de la organización capitalista<sup>12</sup>.

Como es sabido, la organización Montoneros desatiende la estrategia aconsejada por el grupo elevando enormemente las cotas de conflictividad social y facilitando la estrategia de la tensión. Esto, unido a los ecos de la Crisis del petróleo y a la voluntad de disciplinar a la fuerza de trabajo, allanó el camino al golpe de Videla en 1976, acontecimiento que precipita el exilio forzoso del grueso del grupo a tierras mexicanas.

Habida cuenta de la reconfiguración mundial del mercado iniciada en 1973, México, que junto a Venezuela había asumido un papel central en la exportación mundial de petróleo, atravesaba por aquel entonces un periodo de bonanza económica que hace que el grupo se beneficie de una época dorada en la universidad. Con del Barco, De Ípola, Liliana De Riz, Portantiero y Aricó en territorio mexicano, se celebra un hito para la traducción del pensamiento de Antonio Gramsci a las coordenadas latinoamericanas: nos referimos al seminario titulado *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* que se celebró en la localidad de Morelia con la presencia, junto a los ya citados, de autores como Chantal Mouffe, Ernesto Laclau o Ludolfo Paramio, entre otros<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Puede encontrarse un excepcional resumen de este periodo en M. Sacristán, *El orden y el tiempo*, Madrid, Trotta, 1998. Para la concepción gramsciana del orden y la dialéctica histórica (*Ibidem*, pp. 154-155).

<sup>13</sup> Dejamos para otra ocasión el estudio pormenorizado de las posiciones defendidas en este seminario por los miembros de *Pasado y Presente* así como por los autores adscritos al posmarxismo, pues consideramos una particularidad bien llamativa de la obra de Laclau la ausencia de cualquier mención a Juan Carlos Portantiero, rival intelectual de altura muy próximo a las coordenadas geográficas y temporales del autor populista, no menos que la completa ausencia (con la excepción, hasta donde alcanza nuestro conocimiento, de algunas referencias de Fabio Frosini: “L’egemonia dentro l’economia o l’economia fuori dell’egemonia? Note per una rilettura di Hegemony and Socialist Strategy di E. Laclau e C. Mouffe”, en *leússein*, nº , 2017, p. 55) de un estudio de dicha relación en la inflacionaria bibliografía dedicada al coautor de *Hegemonía y estrategia socialista*.

Nos limitamos ahora a glosar algunas de las posiciones defendidas en el congreso. La exposición de Ch. Mouffe (Ch. Mouffe, “Hegemonía, política e ideología”, en J. Labastida (comp.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (Seminario de Morelia), México, Siglo XXI, 1985) carga las tintas sobre la crítica gramsciana al economicismo. Si bien este texto puede considerarse una continuación del diálogo entre Gramsci y Althusser que había esbozado dos años antes (Ch. Mouffe, “Hegemony and ideology in Gramsci”, en *Gramsci and Marxist Theory*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979), Mouffe, en esta ocasión, incluye al filósofo franco-argelino dentro del canon economicista, salvando a un Gramsci que pocos años más tarde sufrirá la misma acusación, pasando a ser, en la más que discutible lectura de la autora belga, un posmarxista avant la lettre al que le faltó radicalidad en sus presupuestos ontológicos. Laclau, por su parte, prefigura el tipo de lectura pandiscursivista que desarrollará junto a Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*. A este respecto merece mención la temprana (1983) y certera crítica que Atilio Borón y Óscar Cuellar (“Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía” en *Revista Mexicana de sociología*, nº 4, 1983), esgrimieron contra el autor de *La razón populista*, crítica que, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, no llegó a ser debidamente contestada. El texto de Portantiero será analizado en detalle en el segundo punto de nuestro trabajo. Finalmente, por lo que hace a la contribución de De Ípola y Liliana De Riz (“Acerca de la hegemonía como producción histórica”, en J. Labastida (comp.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (Seminario de Morelia), México, Siglo XXI, 1985), esta propone una interpretación histórica de los procesos latinoamericanos que toma como punto de partida el concepto de hegemonía gramsciano y la noción de Estado ampliado para evaluar la capacidad y límites de integración de las masas en la vida estatal durante los periodos desarrollistas latinoamericanos.

Además, ve la luz en este exilio mexicano –en el número 54 de los *Cuadernos de Pasado y Presente*– el texto de Juan Carlos Portantiero titulado *Los usos de Gramsci*, el cual se incluye como segundo capítulo en el libro homónimo publicado –junto a otros tres textos del autor– en la colección “El tiempo de la política” que José Aricó dirigía para la Editorial Era (ver punto 2). Aunque volveremos sobre ello, conviene destacar la importancia de esta obra para comprender la evolución intelectual de Juan Carlos Portantiero. Desde la problemática propia del periodo de los consejos de fábrica, Portantiero parece evolucionar a un estudio del concepto de hegemonía como centro de anudamiento de las problemáticas de la crisis y la revolución. Esta pone el foco sobre las cuestiones relativas a la articulación de una pluralidad institucional, es decir, sobre la reorganización funcional y jerárquica de la trama privada del Estado y sobre el papel que su modulación institucional juega en los antagonismos existentes en este campo de fuerzas. Finalmente, si bien se requiere una profunda transformación hasta alcanzar sus últimas posiciones teóricas, parece entreverse ya, en el último de los ensayos (en orden cronológico, aunque ubicado en primera posición en la obra), la deriva institucionalista de Portantiero en años posteriores.

Como resulta comprensible, la huella del exilio afecta profundamente a las posiciones teóricas y políticas de los autores. Durante los ocho años que permanecen en México, estos evolucionan desde una identificación acrítica de la democracia y el socialismo, hacia una disociación de ambos y hacia un privilegio de la democracia como método, frente al socialismo como proyecto político. Esta evolución, que no es del todo evidente al menos hasta el año 1981, se consuma con el retorno a Buenos Aires tras la victoria de la Unión Cívica Radical de Raúl Alfonsín (1983). Los miembros de *Pasado y Presente*, descubren que la reflexión desarrollada en el exilio no ha tenido un correlato en su país natal durante la dictadura de Videla, por lo que el proyecto de masas que habían esbozado como método para una transición democrática al socialismo carece del apoyo necesario. Esto, unido a que el propio Alfonsín comienza a mostrar interés por sus formulaciones teóricas<sup>14</sup>, lleva a una progresiva transformación del proyecto del grupo, toda vez que sus posiciones evolucionan desde una perspectiva revolucionaria construida en torno a una hegemonía democrático-institucional, hasta una defensa de las instituciones *per se*, con el consiguiente cambio en los referentes teóricos que sentenciará el abandono Gramsci y la ulterior influencia de Rawls (o Bobbio), con la consiguiente primacía de la democracia política sobre la social.

Por lo demás, el grupo alcanza durante este periodo el cenit de su influencia: el club de lectura socialista es uno de los acontecimientos de la época; publican dos revistas de éxito: *La ciudad futura* y *Punto de vista*; se garantizan el acceso al poderoso con la creación del Club Esmeralda –una especie de *think tank* que asesora directamente a Alfonsín–; colocan a personas afines en la dirección de las facultades de filosofía e historia; y controlan la importante librería Gandhi en Buenos Aires<sup>15</sup>. En definitiva, llegan, en cierto sentido, a realizar el proyecto de hegemonía cultural inserta en instituciones, al precio de relajar sus pretensiones transformadoras. Con el éxito, los gramscianos argentinos abrazan el posibilismo. El trauma de la dictadura y el exilio les llevan a abandonar cualquier antagonismo radical en favor de un “nuevo

<sup>14</sup> El propio Alfonsín reconoció la influencia que tuvo sobre él el artículo de Emilio De Ípola y Juan Carlos Portantiero, “Crisis social y pacto democrático”, en *Punto de vista*, nº 21, 1984.

<sup>15</sup> Cf. a este respecto: R. Burgos, *op. cit.* pp. 302 y ss.

contractualismo” y poco a poco ensalzarán las posibilidades de la autonomía de lo político<sup>16</sup>. Esta perspectiva perdura, y no especularemos aquí sobre los motivos, a pesar de que la crisis de la deuda obliga a Alfonsín a renunciar a sus pretensiones de desarrollar los elementos propios de una democracia participativa, aun cuando el presidente se ve obligado a aplicar los planes del FMI para la Argentina y aun cuando las presiones militares le llevan a abandonar la persecución de los crímenes de la dictadura.

En 1991, año de la muerte de Aricó, Portantiero, en una entrevista que concede a la revista *El ojo mocho*, defiende vivamente la escisión entre democracia y socialismo. En ella sostiene que, en las condiciones de un mundo unificado, en el que el socialismo real ha consumado su fracaso con la caída del Muro, el pensamiento de Gramsci carece de valor para pensar la transición democrática. Y concluye: “de hecho, en Italia, es un perro muerto”<sup>17</sup>.

## 2. Los usos de Gramsci

### 2.1. Los usos

Como ya hemos indicado, *Los usos de Gramsci* es, a un tiempo, el título del número 54 de los *Cuadernos de Pasado y Presente* y el nombre de un libro que contiene aquel texto como el segundo de sus capítulos. Nuestro objetivo es ahora trazar una breve semblanza de la lectura portantierana de Gramsci a partir de las tesis fundamentales contenidas en esta obra.

El primero de los textos, al que nos acabamos de referir, se escribe en 1975 y se publica como primer número de los *Cuadernos de Pasado y Presente* en el exilio mexicano. En él, Portantiero esboza una lectura de toda de la obra de Gramsci periodizándola en tres etapas: consiliar, nacional y hegemónica. No significa esto que la problemática gramsciana acuse bruscos virajes y rupturas temáticas, sino más bien que el sardo ensaya abordajes distintos y rectificaciones, que evoluciona –en relación con hitos biográficos e históricos registrados y cuya mácula es reconocible en sus formulaciones teóricas– desde una perspectiva eminentemente táctica a la forzada concepción estratégica que impone el encierro carcelario. No obstante, como señala Portantiero, el autor italiano orbita siempre en torno a una misma cuestión: “la unidad está dada por una concepción sobre la revolución y desde este punto de vista (y no al revés) debe ser leído su aparato conceptual”<sup>18</sup>.

Se trata pues de comprender como el *telos* propio del pensamiento gramsciano –el diseño de una estrategia destinada a tornar real su concepción material de la democracia, es decir, la conquista del poder político (y el consiguiente autogobierno) por parte de las clases subalternas– da forma a sus categorías analíticas, toda vez que estas se esfuerzan por apresar e intervenir sobre una realidad volátil y no son huero juego lógico para la pura satisfacción académica. La actividad intelectual propia

<sup>16</sup> Destacan en este sentido la publicación de *El concepto de lo político*, de Carl Schmitt, en la colección “El tiempo de la política”, así como la publicación de *Lo político y las transformaciones*, de Giacomo Marramao, en el n° 95 de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, ambas colecciones, como ya hemos dicho, dirigidas por Pancho Aricó.

<sup>17</sup> J. C. Portantiero, “La creación de instituciones”, en *El ojo mocho*, n° 1 1991.

<sup>18</sup> J. C. Portantiero, *Los usos de Gramsci*, *op. cit.* p. 73.

de la filosofía de la praxis tiene por fin comprender la realidad política e intervenir sobre las relaciones de poder que componen el entramado social. Esta perspectiva teórica es solidaria con la concepción de lo político que Portantiero atribuye al autor de Cerdeña, según la cual

el poder [ha de entenderse] como una relación de fuerzas sociales que debe ser modificada y no como una institución que debe ser “tomada”; la organización partidaria como fracción interna de la clase y no como vanguardia externa a ella; la pluridimensionalidad organizativa de las clases subalternas; el papel protagónico de las masas, de su cultura y de sus instituciones propias en el proceso de conquista del poder; el socialismo no como empresa de iluminados jacobinos sino como autogobierno del pueblo y, en fin, la revolución como un acontecimiento inscrito en el desarrollo de cada historia del pueblo-nación<sup>19</sup>.

Esta caracterización permite comprender a Gramsci como un teórico profundamente original en las coordenadas de la *Komintern* postleniniana. Ha de partirse, si uno quiere hacerse cargo del legado del autor de Ghilarza, del modo en que este concibe la distinción entre lo político y lo económico como relativa a una diferencia estrictamente metodológica, carente por lo tanto de valor orgánico (o como gusta de decirse, ontológico). No se trata pues de considerar el plano político como un nivel separado que goza de cierta autonomía relativa pero que en última instancia puede ser cooptado por una de las clases sociales fundamentales. Antes bien, este esquema del poder político invalida la concepción instrumental del Estado, tanto como posibilidad de una apropiación paulatina en sentido reformista, como en las coordenadas de un paradigma insurreccionalista que abogue por su toma y ulterior destrucción.

El Estado integral, en la lectura de Portantiero, coincide en su extensión con la totalidad concreta de lo social, es decir, con el bloque histórico que ha de comprenderse como campo de fuerzas que integra a las clases subalternas. A estas se les confiere una naturaleza dual, en tanto que sujeto histórico y objeto de dominación, sin reducirlas en ningún caso a mera masa de maniobras. El movimiento revolucionario debe abogar por una intervención sobre las relaciones sociales que tome pie, precisamente, en el grado de autoconstitución como sujeto político de las clases populares, tal y como estas se definen históricamente en las posiciones que ocupan en una forma-Estado determinada. La relevancia que Gramsci concede a la dimensión estatal en el proceso revolucionario no ha de confundirse con una autonomía relativa de lo político respecto a lo económico<sup>20</sup>, sino más bien entenderse como una prioridad de las correlaciones de fuerzas políticas –las cuales se extienden también por las instituciones privadas de la sociedad civil– a la hora de determinar la idoneidad coyuntural de una actuación táctica (guerra de movimientos) o, en su defecto, estratégica (guerra de posiciones), en el proceso que conduce a la conquista del poder.

Gramsci no es ajeno al tópico que aproxima las nociones de crisis y revolución. Sin embargo, la noción de guerra de posiciones implica una inserción de las crisis en el marco de una concepción procesual de la historia. No se trata por tanto de un acon-

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 78.

<sup>20</sup> El propio Gramsci, en su única descripción del concepto de pueblo en su forma sustantiva diluye esta distinción: “conjunto de las clases subalternas e instrumentales de todas las formas de sociedad que han existido hasta el momento” EC, vol. 6, Q25, §1.

tecimiento que culmine la escatología inherente al modo de producción capitalista, sino más bien de una sucesión plural de rupturas que corroen la efectividad del diagrama hegemónico de dominación. El líder del PCI se ubica así en las antípodas del economicismo bujariniano, el cual contaba con un prestigioso representante dentro de su propio partido: Amadeo Bordiga. Nada más lejos que una concepción unilineal de la historia que confíe en el derrumbe automático del complejo esquema social trabado en un bloque histórico a partir únicamente de las contradicciones acontecidas en el plano de las correlaciones de fuerzas económicas. Y nada más lejos que una traducción mecánica de dichas contradicciones en el plano de los antagonismos políticos: el poder se encuentra diluido por toda la trama privada del Estado y se expande por el entramado institucional que vertebra la sociedad civil, con lo que su conquista se logra en el paulatino control y rearticulación de las diferentes instituciones que componen dicha trama. El hecho revolucionario consumado en el espacio estatal en sentido amplio tiene, como subraya Portantiero, un carácter más social que político, pues se garantiza mediante la construcción lenta, tectónica, de una contrahegemonía mediada por instituciones: no por este o aquel hito más o menos individual, sino por la construcción molecular de una voluntad colectiva que tiene por sujeto a la totalidad del pueblo<sup>21</sup>.

La concepción gramsciana del socialismo –tal y como la expone el autor bonaerense– dista de reconocerse en la óptica de una ingeniería social coincidente con un diseño programático por parte de un partido que aspira a hacer coincidir sus límites con la frontera misma del Estado. El italiano es un pensador del orden concreto, su crítica juvenil al jacobinismo –muy influida por Sorel y posteriormente matizada en los *Cuadernos*– se basa en un repudio a ultranza del decisionismo de cualquier índole: el socialismo ha de ser consistente con las prácticas –contradictorias en tanto que permeadas por diferentes concepciones del mundo– de las clases subalternas. En ningún caso puede provenir de un acto fundacional *ex nihilo*, sino que ha de ser una reforma de la totalidad social coherente con la autocomprensión histórica de cada pueblo tal y como esta se expresa en sus concepciones del mundo, su folclore y sus formas de institucionalidad. Esto presupone una tesis fuerte de fondo, a saber, que existe un protosocialismo en las formas organizativas con las que las clases subalternas afrontan su propia condición<sup>22</sup>. El nuevo Estado, no erigido sobre ruinas, sino moldeado con la arcilla social precedente, ha de guardar por consiguiente una íntima relación con las experiencias de las clases populares, asumiéndolas en toda su pluralidad y organizándolas en relación al nuevo campo de fuerzas. La tarea revolucionaria consiste pues en una labor de coordinación de dichas experiencias y en una intervención sobre las trabas que en el actual sistema de dominación impiden su plena expansión. En este sentido podríamos, con Manuel Sacristán, hablar de una concepción praxeológica de la práctica política, por contraposición al paradigma revolucionario fundacionalista<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 136.

<sup>22</sup> En nuestra opinión, la noción thompsoniana de “economía moral de la multitud” se ubica, como tantas otras del historiador inglés, en la estela de esta intuición gramsciana. También José Luis Villacañas, en su reciente prólogo a la reedición del volumen *Pasado y Presente* parece apuntar en esta dirección al aproximar a Gramsci a la noción unamuniana de “intrahistoria”. Cf. J. L. Villacañas, “Gramsci, un hombre para todas las estaciones”, en A. Gramsci, *Pasado y presente*, Barcelona, Gedisa, 2018.

<sup>23</sup> J. C. Portantiero, *op. cit.* p. 86. Portantiero aporta como fuente textual de su argumentación el siguiente pasaje correspondiente al artículo “Democracia obrera”, publicado en *L'Ordine Nuovo* el 21 de junio de 1919: “el Esta-

Ninguna institución, ni siquiera *il principe nuovo* puede abarcar por sí sola la realización de todo el proyecto socialista en los términos pluralistas y genuinamente democráticos que Portantiero le atribuye al mismo. En este sentido, el autor enfatiza la incompatibilidad del esquema gramsciano con la lectura staliniana del *¿Qué hacer?*, que viene a convertir la totalidad de las instituciones obreras en meras correas de transmisión que comunican el partido con la sociedad. Para Gramsci, puesto que este nace de aquella, solo ha de concebirse como uno de los modos en el que las masas se organizan y expresan, ni se trata del único, ni de un suplemento exterior que deba conformarlas o marcarles el rumbo. A lo sumo se trata de aprovechar tendencias existentes e intentar imprimir impulso a las mismas.

La aceptación por parte de Gramsci de la estrategia antifascista del frente único en torno a 1924 (tras las reticencias iniciales, el sardo acepta las directrices de la *komintern*, si bien enfatiza la necesidad de adecuarlas a la perspectiva nacional, es decir, se trata no tanto de ocuparse con el abstracto gobierno obrero y campesino como con las concretas cuestiones meridional y vaticana) marca el tránsito desde el modelo de la guerra de maniobras –trasfondo, si bien muy matizado por la impronta institucional inherente a la estrategia consiliar, de su producción textual durante el *Bienio Rosso* (1919-1920)– a la guerra de posiciones como modo privilegiado de la política en las coordenadas occidentales. El nuevo contexto antifascista se caracteriza por la necesidad de hacerse cargo de las masas movilizadas por la Primera Guerra Mundial que no pueden ya ser neutralizadas por un simple “Estado gendarme”, sino que requieren de la intervención activa del Estado sobre la economía y sobre las instituciones propias de la sociedad civil. La acción contrahegemónica destinada a organizar la estrategia revolucionaria en esta tesitura no puede quedar reducida al corporativismo obrero, pues el conflicto bélico ha movilizad a amplios sectores sociales ajenos a la fábrica. Por lo tanto, la baza consejista se revela a todas luces insuficiente, toda vez que no basta ya con fundar una república de los soviets como importación del elemento no-particular desvelado por el socialismo revolucionario ruso, sino más bien, como dijimos, de ocuparse con las particularidades *nacionales* (territoriales, demográficas, culturales, económicas en el sentido puramente técnico de los asuntos de gobierno económico, etc.) considerados ahora como elementos privilegiados en el diseño estratégico adecuado a este nuevo periodo. Esto exige quizás abandonar el modelo de partido propio del *¿Qué hacer?*, mas en ningún caso permite afirmar que Gramsci se desembarace de Lenin –los miembros de *Pasado y Presente* siempre mostraron predilección por un cierto Lenin: (por las *Tesis de abril* antes que por *El Estado y la revolución*)–, antes bien, entre las tareas del partido nacional que postula el italiano resuena aquella afirmación del líder soviético según la cual “la clase que renuncia a la idea de hegemonía o no la toma en consideración, no es una clase, sino un gremio”<sup>24</sup>.

Veamos en esta línea la número 36 de las *Tesis de Lyon* (1924), de la que el propio Portantiero se hace eco:

---

do socialista existe ya potencialmente en las instituciones de la vida social características de la clase trabajadora explotada. Ligar entre sí a esas instituciones, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y poderes, centralizarlas fuertemente si bien respetando su necesaria autonomía y articulaciones, significa crear desde ya una verdadera democracia obrera en contraposición eficiente y activa con el Estado burgués, preparada desde ya para sustituir al Estado burgués en todas sus funciones de gestión y de dominio del patrimonio nacional”.

<sup>24</sup> V. Lenin, “Marxism and Nasha Zaria” [1911], en *Collected Works* (vol. 17), Moscú, Progress Publishers, 1977, pp. 57-58.

El principio de que el partido dirige a la clase obrera no debe ser interpretado de forma mecánica. No hay que creer que el partido pueda dirigir a la clase obrera por un imposición autoritaria externa; esto no es cierto ni para el periodo anterior a la conquista del poder ni para el posterior. El error de una interpretación mecánica de este principio debe ser combatido en el partido italiano como una posible consecuencia de las desviaciones ideológicas de extrema izquierda; estas desviaciones llevan arbitrariamente a la sobrevaloración formal del partido por lo que toca a su función de guía de la clase. Creemos que la capacidad de dirigir a la clase no guarda relación con el hecho de que el partido se “proclame” órgano revolucionario de la misma, sino con que “efectivamente” logre, como parte de la clase obrera, aliarse con todos los sectores de dicha clase e imprimir a las masas un movimiento en la dirección deseada y favorecido por las condiciones objetivas. Solo como consecuencia de su acción entre las masas el partido podrá lograr que lo reconozcan como “su” partido [...] y solo cuando se cumpla esta condición podrá presumir de que la clase obrera lo sigue. Las exigencias de esta acción entre las masas son superiores a la conquista de cualquier “patriotismo” de partido<sup>25</sup>.

No se trata de desarrollar una teoría de la elaboración técnica del partido, sino más bien de cartografiar el espacio de arraigo orgánico de la actuación partidista habida cuenta de los sedimentos y latencias históricas que caracterizan al Estado italiano. Por tanto, no desaparece en este segundo periodo la filia gramsciana por el *ordo*, sino que la búsqueda del *ordine nuovo* trasciende los muros de la fábrica y se expande a la total historia de las clases populares.

La detención y el posterior encarcelamiento de Gramsci en 1927, supone un punto de inflexión en su obra. Apartado de las tareas de dirección del partido, las notas que a partir de 1929 comienzan a poblar los *Cuadernos* tienen la pretensión de hacer algo *für ewig*, como confiesa el reo en una carta a Tatiana Schucht. Esto se hace patente en el tono más pausado y erudito de su reflexión, la cual ahora pasa a centrarse en cuatro puntos: “a) la definición del Estado como un sistema hegemónico; b) la caracterización de la crisis del Estado; c) las condiciones para la creación de un nuevo bloque histórico; d) los rasgos del principal instrumento de transformación social, el partido, el «nuevo príncipe»”<sup>26</sup>

La reflexión sobre las mutaciones acaecidas en la forma-Estado durante el periodo fascista apuntalan la ya referida creencia gramsciana en la porosidad del límite que separa la sociedad política y la sociedad civil. El Estado ha devenido en un entramado mucho más complejo que sus instituciones legislativas y gubernativas y debe ser pensado como un campo de fuerzas que ha integrado a las masas, que no se limita ya a excluirlas y organizarlas como mero objeto pasivo de dominio, sino que basa su hegemonía en la satisfacción de parte de sus necesidades e intereses, incluso a costa de –o más bien gracias a– la renuncia del grupo dirigente a parte de sus intereses corporativos. La neutralización de las clases subalternas exige por lo tanto su adhesión voluntaria a un diagrama hegemónico, no su dominio exhaustivo mediante el recurso a la fuerza. De esta forma se permite sublimar el antagonismo de clase y construir un bloque histórico gobernable en un marco nacional acotado.

<sup>25</sup> A. Gramsci, “Tesis de Lyon”, en *Antología (Edición de César Rendueles)*, Madrid, Alianza, 2017, pp. 165-166.

<sup>26</sup> J. C. Portantiero, *ibidem*, p. 113.

Es la satisfacción de las necesidades y la forja de las lealtades a nivel político-estatal, a partir de la traducción de los intereses estructurales preconscientes en antagonismos políticos explícitos, la que permite hablar de una primacía del momento político en tanto que campo articulador de la totalidad de las relaciones sociales. Si bien las correlaciones de fuerzas económicas sirven de principio de realidad que marca límites e imprime tendencias a la práctica política, la desestructuración de un sistema hegemónico debe partir de esta última<sup>27</sup>. No basta una crisis económica para garantizar el derrumbe de un bloque histórico –de un Estado en sentido integral– y la automática construcción de una alternativa socialista, sino que se requiere de una crisis hegemónica (es decir, de todo el diagrama social de dominación) y de una práctica política consciente que trabaje en esa dirección, puesto que los contrapesos sociales, el entramado de fortalezas y fortines (EC, vol. 3, Q7, §12), permiten postular la posibilidad de alternativas de muy diversa índole derivadas de la situación de crisis: una recomposición del bloque de poder, mero recambio de élites, contrarrevolución, etc. Se requiere una crisis hegemónica unida a un trabajo consciente de organización de las clases subalternas y de satisfacción de sus intereses en un orden contrahegemónico sedimentado en instituciones capaces de hacerse cargo de la mayor parte de las funciones estatales presentes<sup>28</sup>. La revolución no es tanto una acción bélica como un entramado logístico:

La realización del bloque histórico solo es pensable desde el poder, como construcción de un nuevo sistema hegemónico, en el que una clase dirige y domina a la totalidad social desde las instituciones de la sociedad política (estado-gobierno) y las instituciones la sociedad civil (estado-sociedad). El bloque político de las clases subalternas incluye como principio ordenador de su estructura, la capacidad hegemónica de la clase obrera industrial sobre el conjunto del pueblo. Más aún: sin hegemonía el bloque no existe, porque este no equivale a una agregación mecánica de las clases. En este aspecto la hegemonía aparece como potencialidad para *dirigir* a las otras clases subalternas a través de la elaboración de un programa de transición y de la construcción de instituciones aptas para estimular y abarcar sus movilizaciones “espontáneas”<sup>29</sup>.

<sup>27</sup> Como veremos a propósito del siguiente artículo contenido en la obra, Portantiero enfatiza mucho esta dimensión del pensamiento gramsciano: “[en tanto que] articulación compleja de relaciones sociales diversas y con temporalidades propias, una coyuntura en el interior de un sistema hegemónico contiene, dialécticamente, los elementos de su desestructuración”, *ibidem*, p. 188.

<sup>28</sup> Nuevamente, la fidelidad de Thompson al proyecto gramsciano es evidente. Como recuerda Ellen Meiksins Wood: “El proyecto histórico de Thompson, su reconstrucción de la historia tal y como la crea la clase trabajadora como agente activo y no solo como víctima pasiva, emerge directamente del principio político básico del marxismo y su comprensión particular de la práctica socialista: que el socialismo solo puede surgir de la autoemancipación de la clase obrera.

Esta propuesta implica que la clase trabajadora es el único grupo social que tiene no solo un interés inmediato en resistirse a la explotación capitalista, sino también un poder colectivo adecuado para ponerle fin. Implica también escepticismo acerca de la autenticidad –en realidad, la posibilidad– de una emancipación que no se logre mediante la autoactividad y la lucha, sino que se gane por el poder o se confiera por beneficencia. Aquí no hay garantías; sin embargo, por difícil que sea construir la práctica socialista a partir de la conciencia popular, no hay, de acuerdo con esta visión, ningún otro material con el que construirla ni ningún otro socialismo compatible con el realismo político y los valores democráticos. Quizás el punto sea simplemente que el socialismo va a llegar así o no va a llegar”. E. M. Wood, “La clase como proceso y como relación” en *Democracia contra capitalismo*, México, Siglo XXI, 2000, pp. 121-122.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 116.

## 2.2. La coyuntura

En un texto de 1977 dedicado al análisis de las coyunturas y colocado en cuarto lugar en *Los usos de Gramsci*, el autor porteño complementa su lectura precedente con un breve estudio en torno al problema de la relación entre estructura y acontecimiento. Para ello parte del pasaje “Sobre el análisis de las situaciones” (EC, vol. 5, Q13, §17) y describe la coyuntura en los siguientes términos:

haz de relaciones contradictorias (relaciones de fuerza) en cuya combinación particular un nivel de ellas –las “económicas”– opera como límite de variación, “o sea, permite controlar el grado de realismo y de posibilidades de realización de las diversas ideologías que nacieron en el terreno de contradicciones que generó durante su desarrollo”<sup>30</sup>.

La totalidad social consiste en una trabazón determinada –en un equilibrio inestable– de las diferentes correlaciones de fuerza, su forma concreta, tal y como puede describirse en un corte sincrónico y transversal, define cada coyuntura como unidad sintética de múltiples determinaciones. En este modelo el análisis coyuntural aspira no tanto a aislar un principio último que permita ordenar y reconstruir la totalidad de lo social, no tanto a una determinación en última instancia dotada de una capacidad causal que permita comprender como un despliegue suyo la totalidad de los fenómenos sociales, sino más bien a cartografiar las condiciones suficientes, no exhaustivas que la producen. El esquema gramsciano excluye la deducción de los acontecimientos de una serie de postulados universales, o lo que es lo mismo: no cabe la posibilidad de reducir el territorio histórico a un ámbito de casualidad susceptible de ser expresado en forma legal. Gramsci se limita más bien a rastrear las conexiones causales concretas, acotadas y restringidas por elementos que ofrecen una resistencia diferencial al cambio en virtud del tipo de correlación de fuerzas en el cual quepa ubicarlos.

Además, la noción de coyuntura trasciende el plano meramente estructural, es un todo complejo condensado en, y gracias a, un sistema hegemónico. No puede hablarse, por lo tanto, de un bloque histórico como mera agregación mecánica de sectores derivados de las posiciones en la producción, y ni siquiera cabe definirlo refiriéndose en exclusiva a este plano. Antes bien, el análisis gramsciano de las coyunturas implica –pero va más allá de– los conceptos de “modo de producción” y de “formación social”, entendida esta última como el entrelazamiento de diversos modos de producción<sup>31</sup>.

Cada coyuntura se establece como un cruce de temporalidades específicas, como la convergencia de diversos procesos de desarrollo activos en una sociedad y regidos por diferentes cadencias y ritmos. De entre estos el proceso más lento, el de mayor peso inercial y que ofrece una mayor resistencia relativa al cambio, se corresponde con las relaciones económicas: con los límites estructurales que, además, acotan la eficacia (capacidad de aceleración o fuerza retardataria) de las superestructuras<sup>32</sup>. Sin embargo, en tanto que la coyuntura remite a un todo orgánico, las

<sup>30</sup> *Ibidem.* p. 178.

<sup>31</sup> *Ibidem.* p. 180.

<sup>32</sup> Quizás Raymond Williams haya comprendido como nadie el sentido gramsciano de la determinación –que portantero pone en juego y que resulta incompatible con las lecturas de raigambre (post)estructuralista– en tanto

distinciones entre sus partes solo pueden trazarse analíticamente. En este sentido, el intento de aislar la ontología subyacente a los *Quaderni* a partir de las distinciones analíticas y las meras cuestiones de método supone una perversión de las directrices metodológicas de la filosofía de la praxis. No existe un formalismo gramsciano (o de inspiración gramsciana) que nos ilumine con la *lógica* misma de lo político, y tal desvelamiento, por más que se exprese en las sofisticadas jergas de la inflación discursivista, no puede lograrse sin violentar hasta el extremo sus premisas teóricas. No es de extrañar que Portantiero recuerde a este respecto las palabras del propio Gramsci:

Si el concepto de estructura es concebido especulativamente se convierte por cierto en un “dios oculto”, pero la verdad es que no debe ser concebido especulativa sino históricamente, como el conjunto de las relaciones sociales en las cuales se mueven y obran los hombres reales, como un conjunto de condiciones objetivas que pueden y deben ser estudiadas con los métodos de la “filología” y no de la “especulación” [...] La estructura no es “algo inmóvil y absoluto” sino “la realidad misma en movimiento”<sup>33</sup>.

### 2.3. Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica

La contribución de Juan Carlos Portantiero en el Seminario de Morelia (1980), recogida como capítulo III de *Los usos de Gramsci*, se ocupa pormenorizadamente con la que será la nota diferencial de su concepción de la hegemonía: la dimensión institucional. Para ello parte de la noción gramsciana de Estado integral: totalidad social, como dijimos, en la que sociedad civil y sociedad política se tornan discernibles solo analíticamente y en la que lo estatal se refiere no solo al vínculo con las clases dominantes (Estado en sentido restringido), sino que incorpora también la forma específica de ubicación de las clases subalternas en el diagrama de poder. De esta manera, la noción de Estado resulta inabarcable por una definición funcionalista que la convierte en mero garante de la reproducción de las relaciones de producción. Es decir, su naturaleza no se agota en ser el cierre superestructural de un sistema social ordenado con el fin de garantizar, única y exclusivamente, la reproducción ampliada del capital. Según este esquema las clases subalternas serían mera masa de maniobras sujeta a una dominación unidireccional que las fija al sistema productivo mediante formas de falsa conciencia o procesos de socialización que las determinan exhaustivamente (o, en su defecto, mediante procesos coercitivos de dominación estatal).

Sin embargo, la premisa fundamental de Portantiero es la negación, precisamente, de la tesis de la falsa conciencia. La incorporación de las masas al Estado descansa en su adhesión a un cierto bloque histórico en tanto que esta incorporación tiene visos de satisfacer parte de sus intereses. Esta relación con el bloque histórico (con el Estado) no tiene un carácter exterior, su posición subalterna se constituye *en* un bloque histórico determinado que no existe al margen del vínculo hegemónico del

---

que esta es “no solamente fijación de límites, [sino que] es asimismo el ejercicio de presiones” (R. Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, p. 107).

<sup>33</sup> EC, vol. 4, Q10, §8, pp.127-128 y EC, vol. 4, Q10, §41, respectivamente. Portantiero cita ambas referencias en la página 184 de *Los usos de Gramsci*.

que forman parte. En este sentido, la crisis de la forma estatal, toda vez que las clases subalternas ya hayan logrado un cierto grado de presencia efectiva dentro del Estado, no les resulta ajena, sino que es más bien una crisis relativa a “una fase de su propia historia de constitución como sujeto de acción colectiva”<sup>34</sup>.

Todo este proceso de incorporación al sistema hegemónico no se realiza —o no solo— mediante la adhesión a un sistema de creencias compartidas entre las clases dirigentes y las subalternas. Antes bien, tal proceso remite a la cooptación dentro del sistema estatal de las estructuras institucionales (partido, sindicatos, consejos obreros, etc.) desarrolladas por las clases populares:

Si ideológicamente la clase que puede aspirar a ser hegemónica (en el interior de los límites que marca la estructura) debe recuperar en sí el sentido de la historia de todas las clases subalternas, políticamente debe hacer lo mismo con las formas de organización de esas clases (o grupos constituidos de interés que no podrían analíticamente ser considerados como “clases”) se han ido dando a sí mismas. El análisis de clase de la hegemonía se transforma en análisis político de su producción, cuando coloca su atención en relación con las instituciones<sup>35</sup>.

Resulta relevante que Portantiero hable siempre y en todo caso de instituciones en plural, puesto que no se trata de privilegiar en el análisis, y mucho menos habida cuenta de su conocimiento cercano del sindicalismo peronista, a ninguna institución específica como el partido, sino de comprender el modo en que las diferentes formas de organización de masas han de coordinarse y compatibilizarse si quiere llevarse a término un programa hegemónico. Las instituciones permiten que las masas populares alcancen el estatus de sujetos de acción colectiva, motivo por el cual Portantiero —quien por aquel entonces se hallaba en el exilio forzado debido a la dictadura de Videla— sostiene que la función de las dictaduras es precisamente la de expulsar a las masas organizadas de las posiciones ganadas en el seno del Estado, ya que, dada la mutación de las relaciones de fuerzas, el bloque de poder se muestra incapaz de gobernar, manteniendo su posición hegemónica, el impulso popular mediante métodos de revolución pasiva y transformismo.

Portantiero concluye su artículo con un análisis de la emergencia del Estado nacional-popular en América Latina<sup>36</sup>. Según el autor, los procesos desarrollistas que afectan por doquier al subcontinente como resultado del arreglo espacial resultante de la Segunda Guerra Mundial y que hacen entrar en crisis la correlación de fuerzas propia de la situación de dependencia (Estado oligárquico-intermediario), dan pie a una nueva forma estatal que resulta ingobernable por una sola clase y requiere de la actuación coordinada de esta con diversas fracciones de clase auxiliares (de ahí la relevancia del peronismo en el abandono de la vida subcivil por amplios sectores de la población a la que nos referíamos al principio). En la nueva configuración, el Estado se afianza como promotor del desarrollo y adquiere un compromiso nacional-popular con las instituciones representativas de las masas populares (fundamentalmente los sindicatos), el cual se expresa muy especialmente en los mecanismos sociales de redistribución de la riqueza. Tal es la forma específica, históricamente concreta, en

<sup>34</sup> J. C. Portantiero, *op. cit.* p. 149.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 153.

<sup>36</sup> J. C. Portantiero, *op. cit.* pp. 161 y ss.

la que las clases subalternas latinoamericanas se fijan en el diagrama hegemónico pre-dictatorial.

Como señala Portantiero, “la presencia política de las clases populares estuvo mediada por instancias organizativas «de clase» y no por una vinculación emotiva con un liderazgo personal”<sup>37</sup>. Pero esto nos llevaría demasiado lejos.

---

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 166.

